

CAPITULO VI.

Si, le tengo á vm. ya preso ;
Su carcel será mi cuarto ,
É yo mismo el carcelero.
El capitan.

Se acordaba tan mal la orden que acababa de dar lady Peveril, con su dulzura natural, que al oirla se sorprendió el mayor Bridgenorth.

—¿ Qué quiere decir eso, señora ? la preguntó él. Me creia bajo el techo de un amigo.

— No se engañaba vm. en eso, señor Bridgenorth, respondió lady Peveril sin perder un instante el tono sósegado y de dulzura que tenía naturalmente; pero es un abrigo que no es justo violar por el acto de venganza de un amigo contra otro.

— Muy bien, señora, dijo el mayor volviéndose al lado de la puerta; — el respetable señor Solsgrace me había ya pronosticado que volveríamos á ver el tiempo en que las casas fundadas en sitios altos, en que los nombres de los grandes de la tierra, serian otra vez un refugio y una disculpa para el crimen de los que habitan las unas y que llevan los otros. No lo había creído; pero ya conozco hoy que él veía mas largo que yo. No piense vm., con todo eso, que me someto así á su voluntad. La sangre de mi hermano, de mi amigo del alma, no clamará mucho tiempo en vano. — *¡Cuánto te haces esperar, Señor!* Si queda una chispa de justicia en la infeliz Inglaterra, esta muger soberbia y yo nos veremos algun dia en parage donde no podrán protegerla sus amigos tan parciales. Al decir esto, trataba ya de sa-

lir del cuarto, cuando lady Peveril le dijo:

— No saldrá vm. de esta casa, señor Bridgenorth, sin darme palabra de abandonar cualquier designio hostil contra la condesa en las actuales circunstancias.

— Primero firmaré mi deshonor en los términos mas positivos y formales, respondió él, que consentir en transaccion semejante. Si alguno se opone á mi salida su sangre recaerá sobre él.

En tanto que se expresaba de este modo el mayor, Whitaker abrió la puerta, y manifestó estar alerta como soldado veterano, que aun gustaba de tomar actitud militar; había ya traído cuatro perillanes vigorosos con la librea de Peveril del Pico, armados con espadas, carabinas, perpuntos de búfalo y con pistolas al cinto.

— Ya verá yo, dijo el mayor, si alguno de estos pícaros tiene atrevimiento para prender á un Inglés que nació libre, á un magistrado en el ejercicio de su autoridad. Avanzóse diciendo esto hácia Whitaker y sus gentes, y echando mano al puño de la espada.

— No sea vm. tan imprudente, señor Bridgenorth, exclamó lady Peveril, y añadió al mismo tiempo: — Préndele, Whitaker, desármale, pero no le hagas mal.

Cumplióse esta orden. Bridgenorth no carecía de resolución; pero no era de los que no hacen cuenta con el número de sus enemigos cuando se trata de defender su libertad. Sacó la espada á la mitad de la vaina, y no hizo mas que la resistencia precisa para que sus adversarios usaran de la violencia y le forzaran á rendirse. Entrególes el arma, declarando que, sometiéndose á una fuerza que un hombre solo no puede resistir, hacia responsables de su arresto á los que la usaban, y á quien habia dado la orden para ello.

— No le dé á vm. eso cuidado, señor Bridgenorth, dijo el anciano Whitaker, ya sabemos que mas de cuatro veces ha obrado vm. de un modo mas ilegal. Una palabra de milady vale tanto como todos los mandatos del viejo Noll*, y vm. los ha hecho ejecutar bastante tiempo,

* Noll (*Olivier*): Olivier Cromwell.— ED.

señor Bridgenorth, vm. me ha mandado poner preso por haber brindado á la salud del rey, señor Bridgenorth, y entonces no hacia vm. caso de las leyes inglesas.

— Nada de impertinencias, Whitaker, dijo lady Peveril; y vm., señor Bridgenorth, no lleve á mal el estar preso por algunas horas, hasta que la condesa de Derby no tenga que temer se la persiga. Me seria muy facil darle una escolta que desafiase á todas las fuerzas que le fuese á vm. facil reunir; pero bien sabe Dios cuanto deseo adormecer la memoria de disensiones civiles, y no despertarla. Lo repito, reflexiónelo vm. bien; ¿quiere vm. volver á tomar la espada, y olvidar á quien ha visto vm. en el castillo de Martindale?

— Nunca, respondió Bridgenorth. El crimen de esa bárbara muger será, entre todos los cometidos por los hombres, el último que olvidaré. Jamas renunciaré al deseo de lograr justicia.

— Si son esos sus sentimientos, puesto que respiran mas el deseo de venganza que de justicia, debo hacer cuanto pueda por la seguridad

de mi amiga asegurándome de vm. En este cuarto tendrá vm. cuanto necesite y le agrade, y yo daré aviso á Multrassie-Hall para que no estén con cuidado. Dentro, tal vez, de algunas horas, ó dos días lo mas yo pondré un término á su cautiverio, y suplico á vm. me disimule si llevo por ahora hasta el extremo á que su obstinacion me ha conducido contra mi voluntad.

El mayor no respondió mas que él estaba en su poder, y que debía someterse á su voluntad. Volvióse entonces á la ventana con desagrado, como si tratara librarse de la vista de las dos señoras. La condesa y lady Peveril, dadas del brazo, salieron del cuarto, y la última dió instrucciones á Whitaker acerca del modo con que deseaba fuese tratado y custodiado el mayor, explicándole al mismo tiempo que la seguridad de la condesa de Derby exigia se le vigilase de cerca.

Whitaker consintió sin restriccion en la proposicion de poner guardias en todas las puertas de lasala, y en todas las medidas que conducian á impedir la huida del preso; pero cuando se

trató de su cama y mesa, el viejo intendente no se mostró tan docil, y pensó que lady Peveril tenia demasiada condescendencia con el mayor puritano.

— Aseguro á vm., dijo él, que este pícaro Cabeza-Moronda ha comido ayer de nuestra vaca gordá lo bastante para un mes, y algunos días de ayuno le harán mucho bien. Por lo que hace á la bebida, por Dios mi padre, que le daría yo bastante agua que le refrescase su sangre demasiado ardiente, en desquite de lo que ayer ha bebido. Y con respecto á su cama, ahí está el entablado del cuarto bien seco, mejor, sin duda, que la paja húmeda que tuve yo cuando él me puso preso.

— Whitaker, dijo lady Peveril con autoridad, cuida de cumplir las órdenes que tengo dadas con respecto á la comida y cama del mayor, y no te atrevas á faltarle á la cortesía.

— Voto á brios, milady, respondió Whitaker, se cumplirán las órdenes que vm. dió; pero, como antiguo servidor, no puedo menos de manifestar mi modo de pensar.

Despues de esta conferencia, entraron las

dos señoras en la antesala, y fueron de allí al cuarto de la señora del castillo, que daba por un lado á su dormitorio, y por el otro á una sala sobre el jardín. Habia tambien allí una puertecilla por donde, despues de subir algunos escalones, se iba al balcón que caia á la cocina ya mencionada, y el mismo pasadizo conducia, por otra puerta, á una tribuna de la capilla; de modo que tódos los negocios espirituales y temporales se sugetaban á la inspeccion de quien debia cuidar de todo.

La condesa y lady Peveril se sentaron al instante en la sala que acabamos de describir, y que estaba adornada con una hermosa tapicería. Tomando la primera la mano de su prima le dijo sonriéndose:

— Han sucedido hoy dos cosas que me han sorprendido si algo puede sorprenderme ahora. La primera que este Cabeza-Moronda haya tenido el atrevimiento de mostrarse tan insolente en el castillo de Peveril del Pico; si su marido de vm. es el mismo y el honrado caballero que yo he conocido, y hubiese estado presente, le hubiera tirado por la ventana. Pero lo que aun

mas me admira, Margarita, es haberla visto con la serenidad y valor de un general en gefe. Apenas la hubiera creido á vm. capaz de tomar medidas tan terminantes despues de haber oido á este hombre con tanta paciencia. Cuando hablaba él de su magistratura y de su orden de prision, tenia vm. el rostro tan abatido, que ya me parecia sentir en el hombro la garra de algun alguacil que intentaba llevarme á la carcel como una vagamunda.

— Debemos algunas consideraciones al señor Bridgenorth, mi querida señora, nos ha hecho muchos servicios en aquellos tiempos calamitosos. Pero ni él ni otro alguno insultará en casa de Margarita Stanley á la condesa de Derby.

— Vm. se ha hecho una verdadera heroína, Margarita.

— Dos sitios, y alarmas sin número pueden haberme infundido alguna presencia de ánimo, pero lo que es valor yo no tengo mas que antes.

— Presencia de ánimo y valor, Margarita. El valor legitimo no está en ser insensible al pe-

ligro, sino en hacerle frente y superarle; y es posible necesitemos antes de poco de todo el que tenemos, añadió ella algo agitada, porque oigo caballos en el patio.

Al mismo tiempo vino corriendo al aposento Julianito sin poder respirar de gozo, diciendo que su padre acababa de llegar con Lamington y Sam-Brewer, y que le habia dado permiso para montar en Black-Hastings y llevarle á la caballeriza. Casi al mismo tiempo se oyó el ruido de las botas del digno caballero, que con la prisa de ver á su esposa subia de dos en dos las escaleras. Entró en el cuarto; el rostro encendido y el desorden de su vestido indicaban la celeridad de su viage. No sin dificultad se desprendió lady Peveril de sus brazos toda sonrosada, y diciendo como reprendiéndole con la suavidad que le inspiraba la ternura, fijase bien la atencion en la señora que estaba presente.

— Es una señora, dijo la condesa dando hácia él algunos pasos, muy satisfecha viendo que sir Geoffrey Peveril del Pico, aunque ya cortesano y favorito, no aprecia menos el tesoro que ella misma ha contribuido á ponerle en

seguridad. No puede vm. haber olvidado cuando se levantó el sitio de Latham-House.

— ¡La noble condesa de Derby! exclamó sir Geoffrey quitándose respetuosamente el sombrero adornado con un penacho, y besándole la mano que le presentaba ella. Yo me alegro tanto, milady, de ver á vm. en mi pobre casa, como si supiera se habia descubierto una veta de plomo en una mina de Buenaventura. He venido á toda prisa con la esperanza de poder escoltar á vm. en este condado, porque temia su caida en malas manos, habiendo sabido que un mensajero, portador de un mandato de arresto decretado contra vm. por el consejo, habia ya salido de Londres.

— ¿Cuándo ha sabido vm. eso, y quien se lo ha dicho?

— De Cholmondeley de Vale-Real ha salido para tomar las medidas necesarias y cortar á vm. el paso por el condado de Chester, y yo he tomado á mi cargo conducirla con seguridad. El príncipe Ruperto, Osmond y dos otros amigos, trabajan para sacar á vm. del apuro por medio de una multa; pero

dicen que el canciller Henry Bennet y algunos otros consejeros de ultramar están furiosos por lo que llaman ellos violacion de la amnistia proclamada en nombre del rey. ¡Vayan con mil diablos! Nos han dejado llevar todos los golpes, y ahora no consienten que arreglemos nuestras cuentas con los que nos han dado la pesadilla.

—¿Y qué castigo dicen quieren imponerme?

—No podria muy bien decirselo á vm.; nuestros amigos, como decia, tratan de hacer se limite á una multa, pero los otros no hablan de nada menos que de la torre de Londres y de una prision larga.

—Bastante tiempo estuve presa por causa del rey, dijo la condesa, y no tengo de modo alguno gana de volver á estarlo de orden suya, ademas si me privan del gobierno de los dominios de mi hijo en la isla de Man, no sé si debo temer alguna nueva usurpacion. Agradeceré á vm. infinito, primo mio, me haga llevar en seguridad á Vale-Real, donde sé que hallaré una escolta bastante para llegar á Liverpool.

—Cuenta vm., noble señora, con que yo seré su guia y escolta, aunque hubiera vm. venido á mi castillo á media noche con la cabeza de aquel pícaro en el devantal, como se dice de Judit en los apócrifos, que yo me alegro los vuelvan á leer en nuestras iglesias.

—¿Es mucha la nobleza del segundo orden en la corte?

—Sí, señora, y como decimos de los mineros en este condado cuando hallan una mina, trabaja *para lograr la gracia de Dios y por lo que podrá darle esta gracia de Dios.*

—¿Son allí bien acogidos los antiguos Caballeros?

—Como soy, señora, para decir la verdad, el rey tiene tan graciosos modales, que hace renacer en el corazon de cuantos le hablan, la esperanza; pero, hasta el dia, pocas de estas flores se han visto dar fruto.

—¿Creo que, á lo menos, vm. no tendrá de qué quejarse por esta ingratitud? nadie lo habria merecido menos.

Sir Geoffrey, como prudente, no cuidaba de confesar que él habia concebido esperanzas per-

didas; pero tenia un caracter demasiado franco para ocultar del todo el chasco que se habia llevado.

— ¿Quién, yo? señora, respondió, ¿qué podia esperar del rey un pobre Caballero campesino, no siendo el gusto de verle en White-Hall restablecido en su trono? Su Magestad me ha recibido del modo mas afable luego que me presentaron; me habló de la jornada de Worcester, y de mi caballo Black-Hastings. Es verdad que se le habia olvidado el nombre y tambien el mio, segun creo, pues que tuvo que decirsele al oido el principe Ruperto. Vi algunos de mis amigos antiguos, Su Excelencia el duque de Osmond, sir Marmaduke Langdale, sir Felipe Musgrave, y otros varios, y la hemos corrido juntos una ó dos veces, como en tiempos antiguos.

— Hubiera yo creído que una exposicion á tantos peligros, tantas pérdidas de fortuna, tantas heridas, tuviesen algun mérito mayor con respecto á vm., y que se pagaran con algo mas que palabras melosas.

— Es mucha verdad, milady, que yo he ha-

llado algunos que pensaban tambien así. Unos eran de parecer que la pérdida de tantos acres de tierra buena valian, por lo menos, alguna recompensa honorifica; y habia de ellos quienes creian que un hombre cuya genealogia sube hasta Guillermo-el-Conquistador (perdone vm., milady, de que yo me alabe en su presencia), podia tener un título tan bien como la mayor parte de los que han llegado á lograrlos. ¿Pero qué dice á esto el bello ingenio de la corte, el duque de Buckingham, cuyo abuelo era un caballero del condado de Leicester, de una familia que, con trabajo, era tan buena como la mia? El dice que si nombraran Pares á todos los caballeros que han contraido méritos para con el rey en los últimos tiempos, debería tener la cámara de Pares sus sesiones en la llanura de Salisbury.

— ¿Y ha pasado esa bufonada insulsa por una razon convincente? No me admiro de esto en un tiempo donde las razones convincentes pasan por insulsas bufonadas. Pero he aquí uno con quien yo debo hacer conocimiento.

Era Julianito, lleno de vanidad pueril, des-